

**Epifanía del Señor. Día de Reyes**  
*Centro Penitenciario de Martutene*  
Homilía. Clausura de la Puerta Santa

Queridos amigos y amigas:

Es una alegría estar aquí celebrando este día de Reyes con vosotros. Celebrar la fe juntos, rezar juntos, siempre nos ayuda. Permitidme unas palabras en este día de fiesta. No quiero alargarme, tan solo daros algunos mensajes que os sirvan para mantener la esperanza, aun en medio de las circunstancias quizá difíciles de cada uno. Como hemos visto en la representación tan bonita que habéis hecho, María, José y el niño Jesús no tuvieron tampoco circunstancias fáciles. Tuvieron que ayudar a nacer al niño al margen, fuera de la ciudad, en un establo, porque no les aceptaban, no había sitio para ellos en la posada. Cada uno venimos aquí con nuestra vida a cuestas. La vuestra está condicionada por la situación que vivís aquí dentro. Otros tenemos la suerte de no vivir aquí. Porque estar aquí, lo sabemos, no es el ideal de nuestra vida. Es importante mantener una certeza en lo profundo de nuestro corazón: de aquí se sale.

Cada cual sabe bien porqué está aquí: unos estáis quizá acusados de delitos graves, otro de delitos no tan graves, otros quizá estáis aquí injustamente. Dios sabe. Pero estar aquí no nos hace ser peor personas ni ser menos que los demás. A los ojos de Dios somos otra cosa. Siempre somos grandes. Siempre somos importantes.

Que venga el obispo a visitaros y a celebrar este día con vosotros, es un signo de que la Iglesia quiere estar cerca también de vosotros que estáis aquí, haciéndoos saber que no estáis solos y que para los que nos decimos amigos de Jesús, su Iglesia, también sois importantes.

Aunque a veces pasamos momentos bajos y difíciles en nuestro ánimo por estar aquí, os quiero decir un par de cosas. La primera es que ninguno de vosotros ni vosotras está aquí para siempre: «de aquí se sale». Y hay que estar preparados y esperando el día en que salgamos. Ojalá sea más pronto que tarde. Mantened esa esperanza y prepararos para que al salir podáis comenzar una nueva etapa en la vida. ¿Sí? ¿Estamos de acuerdo? Tenemos muchas cosas que vivir ahí fuera. Esperemos y preparemos el día. No dejemos de recordar: «De aquí se sale», ¿sí? Repetidlo todos con voz fuerte: «De aquí se sale».

Otra de las cosas que os quería decir es que nunca nadie está del todo solo. En la batalla de la vida, muchos quizá habéis experimentado que estáis solos. Algunos tenéis gente que os espera. Quizá más que lo que a veces pensamos. Sea lo que fuere, pensad que hay siempre alguien para el que sois importantes y que os acompaña en el camino aunque a veces no lo sintamos tan presente o tan cerca. Quizá hasta renegamos a veces de él. Pero muchos sabéis esto quizá mejor que nosotros. Nuestro Dios, que se ha hecho hombre en Jesús, tal y como hemos recordado en la Navidad, nunca nos abandona. Nos podrían abandonar muchas personas en nuestra vida, quizá hasta personas cercanas, familiares o amigos, pero Dios no nos abandona nunca. Siempre está con nosotros, dentro de nosotros. Podemos dirigirnos a él, presentarle a él nuestras oraciones, nuestros deseos, nuestras lágrimas, también nuestras alegrías. Él nos escucha. Nos escucha con atención, porque nos ama y para él somos importantes. No perdamos esta verdad y certeza: Jesús nunca nos abandona. Él siempre está con nosotros, tal y como nos lo prometió: “Estoy con vosotros, todos los días, siempre, hasta el fin del mundo”. Aunque las cosas se pongan oscuras... no lo olvidemos: él está ahí con cada uno de nosotros. Cuando veamos que las cosas se ponen difíciles y nos entre el bajón, pensemos que Él nos acompaña, que detrás de la lluvia viene el sol, que después del invierno llega la primavera y que la luz siempre aparece detrás de la noche.

Hemos hecho un signo de cerrar la puerta Santa que abrimos hace un año. La puerta, decíamos entonces, es un signo de Jesús. Él es la puerta. Pasar por ahí nos recuerda que podemos pasar por Él, dejar que Él nos recuerde que para todos hay una puerta, una oportunidad, un nuevo camino que comenzar, una vida nueva que vivir. Por supuesto, fuera de aquí, pero, también se puede vivir una vida nueva aquí dentro.

Los regalos de los magos que hemos representado: oro, incienso y mirra, son los dones que ellos regalan a Jesús. Jesús les regala su amor, pero ellos también ponen lo mejor que tienen. Pues así también nosotros. El Señor quiere que nosotros también le entreguemos lo mejor de lo que somos. Y todos tenemos algo bueno que dar. Todos podemos ser un poco mejores con los demás, más compañeros, más agradecidos, más pacíficos... Cada uno puede ofrecer a aquel que nos Ama lo mejor que uno tiene.

Bueno, pues nada más. Recordad esos dos mensajes: de aquí se sale y sabed que nunca estáis solos. Esto es lo que os digo hoy como hermano vuestro obispo y es lo que os dicen durante todo el año estos magníficos voluntarios y voluntarias de la pastoral de Martutene que os visitan y os acompañan, ayudándoos un poco en el camino de la vida. Sabéis que contáis con ellos y con ellas. Son personas extraordinarias.

Os pido un último esfuerzo de atención, ahora hacia adentro: Os invito a que hagamos un minuto de silencio. Ofrecedle al Señor el regalo que hoy le queréis hacer, dadle las gracias por algo bueno que descubrimos a nuestro alrededor, aun en medio de las circunstancias, y recordemos a aquellas personas que queremos y que, a buen seguro nos esperan y nos quieren, también a las que nos dejaron y ya nos esperan en el cielo.